

XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

Una dimensión de gozo: 2467 errores.

Moreira, Diego.

Cita:

Moreira, Diego (2019). *Una dimensión de gozo: 2467 errores*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-111/459>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecod/pD7>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNA DIMENSIÓN DE GOZO: 2467 ERRORES

Moreira, Diego
Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En el presente texto parto de un interrogante: ¿a veces -quizas en exceso- presentaba Freud una peculiar inclinación a la respuesta psicósomática? Desde luego, en su arduo itinerario encontramos una diversidad de trastornos, fundamentalmente el cancerígeno, y su singular enlace al erotismo intrasomático.

Palabras clave

Psicósomática - Fenómeno - Intrasomática

ABSTRACT

ONE DIMENSION OF JOY: 2467 ERRORS

This paper starts with a question: did Freud showed frequently an excessive psychosomatic response? Of course throughout his long itinerary we find a diversity of disorders, mainly carcinogenic, linked to an intrasomatic eroticism.

Key words

Psychosomatic - Phenomenon - Intrasomatic

Presentación

Esta singular inclinación a lo psicósomático en Freud, como yo lo entiendo, se desplegó en el contexto de una adicción al tabaco -era un empedernido fumador de cigarros-.

Así, encontramos: trastornos cardiológicos (arritmias) desde 1893/94, alteraciones broncopulmonares, un carcinoma verrugoso desde 1923, jaquecas pulsátiles, amigdalitis, otitis, rinosinusitis, tifoidea, viruela, neumonía, reumatismo, ciática, colon irritable y alteraciones de la próstata.

Ahora bien, la afección cancerígena exigió una adecuada revisión por parte de José Schavelzon (1983), de las placas histopatológicas de Freud que se encuentran en el Instituto Curie de París. Esto posibilitó un nuevo diagnóstico: ¿entonces, de qué trata? De un carcinoma verrugoso, entidad descrita por Lauren Ackerman, de St. Louis, Missouri, en 1948.

Lo llamativo, agrega Schavelzon, no sólo es que no era un cáncer, sino que los médicos patólogos diagnosticaron que no era cáncer, sin embargo, lo operaron de cáncer. También, y es sorprendente saber que en las Cartas a Fliess de Freud, se lee: "sufrí violentas arritmias con constante tensión cardíaca, opresión y ardor precordial, dolores abrasadores que descendían por el brazo izquierdo, cierta disnea...".

Son elocuentes las frases de Freud que transcribo literalmente: "Hoy puedo escribir porque tengo mejor esperanza; me he rescatado de un ataque miserable con una cocainización. No puedo

ocultar que no paso más de 1-2 días sin una cauterización o una galvanización, pero tampoco esto produce efecto por el momento. Preferiría que te avinieras a no querer saber nada más sobre el tema corazón" (Cartas a Fliess, 26.04.1895). "En los primeros días de estos últimos, reparo todavía con orgullo en que puedo subir escaleras sin disnea, desde hace tres días, dolores en la zona del corazón, pulso atáctico y considerable insuficiencia. Hoy, p. ej., llegué a un lugar, encontré el coche del consultor ya ante la puerta, corrí escaleras arriba y después durante cinco minutos no pude hablar, tuve que declararme enfermo, etc." (Cartas a Fliess, 04.05.1895).

Hacia 1914 se enteró de la muerte de su medio hermano Emanuel, a los ochenta y un años, según Freud, no había soportado la tarea más difícil: los avatares de la guerra. Cuando cumplió los sesenta años, en mayo de 1916, escribió sobre este destino paradójico, que ya franqueaba el umbral de la vejez, "que no podía dejar nada para más adelante, que su corazón y sus arterias habían envejecido y que él no era lo que su padre había sido a su edad" (Roudinesco, 2015).

Una pequeña síntesis de este itinerario psicósomático de Freud se lee en Didier Anzieu (1988, p. 71). El autoanálisis de Freud: "Estaría tentado de reconstruir las cosas de la siguiente manera. Hacia 1880, junto a Brücke, Freud comienza a fumar cigarrillos. En 1884-1885, sus investigaciones sobre la cocaína le hicieron experimentar sus efectos estimulantes y euforizantes y se puso a absorberla más o menos regularmente. La comprobación de casos de cocainomanía lo llevó a renunciar al uso de esa droga. Encontró entonces en un fuerte consumo de cigarros de hoja un medio de contrabalancear la mayor parte de su sintomatología neurótica de tipo psicósomático.

Pareciera que a partir de entonces, salvo una alusión a las toxicomanías como sustitutos de la masturbación en una carta a Fliess del 22 de diciembre de 1897 y la hipótesis de una fijación erógena en la zona labial de bebedores y fumadores en Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad, ya no se interesó, científicamente hablando, en esta forma de psicopatología".

Un erotismo intrasomático: 2467 errores

Ahora voy a tomar algunos textos de Freud, estricta y sutilmente enlazados a la problemática y enigmática realidad del cuerpo. En "Psicopatología de la vida cotidiana", Freud (1901, p. 236) comenta al concluir la corrección de la "Interpretación de los sueños", que decidió no modificar "nada más, aunque tuviera aún 2467 errores". Entonces, escribe a Fliess, entretéjete distancias y repite el lenguaje de pulsión o querencia, en el siguiente

análisis: “A mi edad actual, 43, agrégale 24 y tendrás el número 67, es decir, que me he concedido 24 años más de trabajo”. “Era 1899, esto nos lleva al año 1923, en el que Freud cumple 67 años”.

Cuando Georg Groddeck, hacia 1924, le comenta a Freud sobre la traducción de “Psicopatología” al sueco por su esposa, le dice: “Mi mujer se ha percatado (...) de la cifra 2467 y ella cree que tiene un significado especial en su inconsciente... En este año usted cumplió 67 y mi esposa cree, y yo comparto su opinión, que ahí se puede encontrar una vía de acceso a las capas profundas de su Ello y cuya indagación conduzca a la curación de su ser” (carta del 4-1-1924).

Por cierto, para Groddeck, que se esforzó por divulgar algo de las hipótesis sobre psicósomática, la enfermedad de Freud era un autocastigo. El maestro vienés, esperaba morir a los 67 -deseo de muerte-, Groddeck le ofrece tratamiento, pero no acepta y con dura expresión le contesta: “¿De modo que usted y su mujer también han notado algo! Me había irritado la posibilidad de hallar una confirmación de las potencias ocultas” (carta del 15-1-1924).

En páginas de “Correspondencia con” Groddeck, Freud agrega: “tengo que afirmar que es Ud. un espléndido psicoanalista que ha comprendido plenamente el núcleo de la cuestión. Quien reconoce que la transferencia y la resistencia constituyen los centros axiales del tratamiento pertenece irremisiblemente a la horda de los salvajes (...) no es preciso ampliar el concepto de lcc. para abarcar sus experiencias relativas a afecciones orgánicas (...) el acto inconsciente ejerce una intensa influencia plástica sobre los procesos somáticos”.

Además, arguye y concluye: “¿Por qué desde su bonita base se arroja Ud. a la mística, suprime la diferencia entre lo anímico y lo corporal, y se aferra a teorías filosóficas que no vienen al caso? (...) Es cierto que lo lcc. constituye la auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico, acaso el tanto tiempo buscado ‘missing link’. Mas, que al final lo hayamos descubierto no nos permite ver más lejos (...) Me temo que sea Ud. también un filósofo y tenga la inclinación monística de menospreciar las bellas diferencias de la naturaleza en aras de la seductora unidad. ¿Acaso con ella nos libramos diferencias?” (Freud, S., Groddeck, G. 1970).

A partir de 1923, Freud sufre una intensificación de los procesos bronconeumónicos a repetición. Esto último se constituye en uno de los factores de su muerte.

Vuelvo a las primeras exteriorizaciones de la enfermedad, en Rodriqué (1996) encuentro: “A mediados de febrero de 1923, o tal vez antes, Freud detectó un tumor, como un carozo en la boca.

Al principio no tomó ninguna providencia. Sin duda temía la prohibición de fumar. De hecho, ya había percibido en 1917 una hinchazón dolorosa semejante en el paladar. Irónicamente, esa tumoración luego disminuyó cuando un paciente le regaló una maravillosa caja de habanos -engañador oasis de humo azul. En

1923 el tumor había crecido demasiado como para ignorarlo.

En esa época, lo mismo que cuando padeció el problema cardíaco, Freud no tenía médico personal, aunque fuese un médico rodeado de médicos. Él sospechó la enfermedad antes de ese fatídico año 1923. Había habido malos augurios: la muerte de Von Freund y de Sophie, el pronuncio tumoral de 1917. En el campo de las premoniciones tenemos esa extraña carta a Ferenczi, de mayo de 1921, en la cual, al cumplir 65 años, dice que ‘siete de mis órganos internos están luchando por tener el honor de poner fin a mi vida’.

Posteriormente, a fines de la segunda semana de abril, coincidiendo con la aparición de El yo y el ello, Freud consulta al dermatólogo Max Steiner. ¿Por qué un dermatólogo? Max Schur explica: ‘La mucosa bucal es una región «límitrofe», compartida por los especialistas de oído, nariz y garganta, por los cirujanos de la boca y por los dermatólogos’. Steiner lo examina y concluye que el tumor es maligno: un epiteloma. Indica la remoción quirúrgica, pero engaña a Freud, diciéndole que se trata de una leucoplasia”.

Por lo pronto, me detengo en la carta de Freud a Ferenczi, 8 de mayo de 1921, en S. Freud y S. Ferenczi, Correspondance, vol. 3, op. cit., p. 61, encontramos: Cuando Freud cumplió sesenta y cinco años, el 6 de mayo de 1921, le obsequiaron el original del busto construido por David Paul Königsberger. “Desde entonces, la idea de la muerte ya no me abandona y a veces tengo la impresión de que siete órganos se disputan aún el honor de poder poner fin a mi vida (...). Pero no he sucumbido a esta hipocondría, la considero con soberana frialdad, un poco como las especulaciones del Más allá”.

Es notorio el lenguaje de órgano en términos de Freud y el numérico en términos de Lacan. Es propio de este lenguaje un destino de pulsión como la forclusión o preclusión (Al.: Verwerfung) de sentido que cobra eficacia en la “soberana frialdad”.

Agrego una circunstancia singular: el cáncer suele comenzar unos tres años antes de su expresión clínica (Schavelzon, 1983). De acuerdo con estas consideraciones la enfermedad de Freud habría comenzado alrededor de 1920, año en que muere su hija Sophie de un aborto mal practicado. Mukherje, S., (2011) considera el cáncer el “emperador de todos los males” y agrega: “... una antigua enfermedad antaño clandestina y sólo mencionada entre murmullos, que se ha metamorfoseado en una entidad letal y de formas cambiantes, imbuida de una potencia metafórica, médica, científica y política tan penetrante que a menudo se caracteriza al cáncer como la peste definitiva de nuestra generación”.

Freud establece un enlace analógico (preferiría usar analéctico) entre las propuestas de Weismann y sus desarrollos teóricos. Procura derivar el modelo genético en una especie de metapsicología. Y después Freud (1920g) sigue. Y no solamente continúa, sino que confirma: las células germinales implican un “narcisismo absoluto”, las células de los tumores malignos son consideradas “narcisistas”. En verdad, basta considerar unos

párrafos de Mukherje, S., (2011): “El cáncer no es una sola enfermedad, sino muchas. Las llamamos «cáncer» porque comparten una característica fundamental: el crecimiento anormal de las células. Y más allá de ese factor común biológico, hay profundos temas culturales y políticos que recorren las diversas encarnaciones del cáncer y justifican un relato unificador”.

Freud y el sueño de la Inyección de Irma

Es notorio cómo la problemática orgánica de Freud se había anticipado en un sueño (Schavelson, 1983). Efectivamente, el 12 de junio de 1900 Freud escribe a Fliess: “¿Crees que en esta casa podrá leerse algún día una placa de mármol que diga así? “Aquí, el 24 de julio de 1895, se le reveló al Dr. Sigmund Freud, el enigma de los sueños...”. El miércoles 24 de julio de 1895, Freud (1900, p. 128/9) tiene el siguiente sueño: “Un gran vestíbulo -muchos invitados, a quienes nosotros recibimos. Entre ellos Irma, a quien enseguida llevo aparte como para responder a su carta, y para reprocharle que todavía no acepte la «solución». Le digo: «Si todavía tienes dolores, es realmente por tu exclusiva culpa». Ella responde: «Si supieses los dolores que tengo ahora en el cuello, el estómago y el vientre; me siento oprimida». Yo me aterro y la miro. Ella se ve pálida y abotagada; pienso que después de todo he descuidado sin duda algo orgánico. La llevo hasta la ventana y reviso el interior de su garganta. Se muestra un poco renuente, como las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso entre mí que en modo alguno tiene necesidad de ello. Después la boca se abre bien, y hallo a la derecha una gran mancha blanca (113), y en otras partes veo extrañas formaciones rugosas, que manifiestamente están modeladas como los cornetes nasales, extensas escaras blanco-grisáceas. Aprisa llamo al doctor M*, quien repite el examen y lo confirma... El doctor M. se ve enteramente distinto que de ordinario; está muy pálido, cojea, está sin barba en el mentón... Ahora también está de pie junto a ella mi amigo Otto, y mi amigo Leopold la percute a través del corsé y dice: «Tiene una matidez abajo a la izquierda», y también señala una parte de la piel infiltrada en el hombro izquierdo (lo que yo siento como él, a pesar del vestido)... M. dice: «No hay duda, es una infección, pero no es nada; sobrevendrá todavía una disentería y se eliminará el veneno»... Inmediatamente nosotros sabemos de dónde viene la infección. No hace mucho mi amigo Otto, en una ocasión en que ella se sentía mal, le dio una inyección con un preparado de propilo, propiteno... ácido propiónico... trimetilamina (cuya fórmula veo ante mí escrita con caracteres gruesos)... No se dan esas inyecciones tan a la ligera... Es probable también que la jeringa no estuviera limpia”.

Freud había tenido en tratamiento y con éxito parcial, a una muchacha amiga, Anna Hammerschlag-Lichteim. Con cuyo nombre nominó a una de sus hijas. Años después y luego de la operación de paladar, la situación de la boca de Freud es similar a la descrita en el sueño de Irma: Así, “la gran mancha blanca” del sueño, se enlaza a su leucoplasia, en zona de la mejilla derecha

y paladar. “Los cornetes nasales” del sueño, a los propios, que se podían observar por la boca luego de las operaciones. De hecho, las “grandes escaras blancogrisáceas”, no escapan a esta determinación. La alusión a la “dentadura postiza”, y muy especialmente el comentario “sobre la infección”, que fue el elemento que complicó en gran medida esos 17 años de evolución. Infección de la cavidad nasal y de la cavidad quirúrgica y que también complicó la radionecrosis. Esta lesión de tejidos también provocó la ulceración de su mejilla derecha en ese tiempo, ya gravemente afectada por las radiaciones. Cerca de su última operación en Inglaterra, hacia 1939, se le afeitó la barba (“el Dr. M... muy pálido... cojea y no tiene barba”).

La muerte de Freud

Extenuado, Freud pudo aún escribir: “Ya no hay duda de que se trata de un nuevo ataque de mi viejo y querido carcinoma, con el que comparto mi existencia desde hace ya dieciséis años. ¿Quién sería el más fuerte en ese momento? Cómo es natural, no podíamos decirlo de antemano”. “Esta necrosis, infección y ulceración maloliente, con intolerables dolores e imposibilidad de comer, más una neumopatía fue la causa probable de la muerte” (Schavelson, 1983).

En esta situación, y es asunto que da en qué pensar, el dormir de Freud implicaba la pesadilla. Y nos es consabido que el sueño es el guardián del dormir, pero la pesadilla es la inversa, el guardián del despertar. La pesadilla, implica una “ruptura de los límites del infierno” en términos de Borges, que involucra un morir, pero un morir a la manera ajena. En esto último consiste propiamente la patología.

El sueño de la Inyección de Irma remite a dos elementos que hacen de fundamento: el inalcanzable ombligo del sueño, que Freud establece al concluir las asociaciones al “mirar dentro de la garganta”.

El otro elemento del sueño es la trimetilamina. Es notorio el erotismo propio del lenguaje de órgano.

Para concluir, un verdadero testimonio que no podemos ignorar: el 21 de septiembre de 1939, Freud recurrió Schur y a su promesa de ayudarlo a poner término a su vida cuando llegase el momento. Le pidió que hablase con su hija Anna: “Si ella cree que es justo, acabemos de una vez, entonces”. Schur, le estrecho la mano y prometió ayudarlo. Le administró tres veces una dosis letal de morfina. El fallecimiento se produce en el contexto de una profunda sedación. Freud murió el sábado 23 de septiembre de 1939, a las tres de la mañana (Schur, 1980, Roudinesco, 2015).

BIBLIOGRAFÍA

- Chiozza, L. (1983). "Psicoanálisis, presente y futuro". Biblioteca del Centro de Consulta Médica Weizaecker, Buenos Aires.
- Chiozza, L. (2000). Una concepcion psicoanalitica del cáncer. Alianza Editorial.
- Chiozza, L. (2010). Cáncer: ¿por qué a mí, por qué ahora?. - 1a ed.- Buenos Aires. Libros del Zorzal.
- Eccles, John, C. (1992) La evolución del cerebro. Editorial Labor, S. A. Barcelona.
- Euclides (2000). Elemento. Tomo I, libros 1-4. Gredos.
- Freud, S. (1920g). Más allá del principio del placer, AE. Vol.18.
- Freud, S. (1921c). Psicología de las masas y análisis del yo. AE. Vol.18.
- Freud, S. (1926g). Inhibición, síntoma y angustia, en AE, vol. 20.
- Freud, S. (1930a). El malestar en la cultura, en AE, vol. 21.
- Freud, S. (1950^a [1892-1899]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess, en AE. Vol. 1.
- Freud, S. (2009). Cartas de juventud, 6 de agosto de 1873, Pág. 73. Ed. Gedisa.
- Freud, S., Groddeck, G. (1970). Correspondencia. [Traducción E. Subirats]. Barcelona. Anagrama.
- Roudinesco, E. (2015). Sigmund Freud. En su tiempo y en el nuestro. Ed. Debate.
- Schavelson, J. (1983). Freud, un paciente con cáncer. Paidós.
- Schavelson, J. (2004) Psiconcología: principios teóricos y praxis para el siglo XXI. - 1a. ed. - Buenos Aires: Letra Viva.
- Schur, M. (1980). Sigmund Freud, enfermedad y muerte en su vida y en su obra. Paidós. Vol. 1.